9 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE EL CANTICO Y PROFECIA DE SIMEON.

PUNTO 1º

Considera como el Santo anciano, llevando á Jesucristo entre sus brazos, y mucho más aún en su corazón, se abandona al exceso que lo anima, y bendiciendo en alta voz á Dios, manifiesta el júbilo de su alma y celebra las grandezas de Jesús, diciendo: «Ahora dejaréis ¡oh Señor! que se vaya en paz vuestro siervo, según tu palabra: porque mis ojos han visto al Salvador dado por tí. Sí ¡oh Dios mío! estoy cercano á dejar la tierra, y conozco que me llamas á vos. Yo la dejo sin sentimiento. ¿Y qué haré yo aquí más largo tiempo, ya que según vuestras promesas, habéis satisfecho mis deseos? He visto con mis ojos Aquel que yo esperaba, aquel Mesías que habéis enviado para ser el Salvador del mundo! ¡Oh cuán dulce me será el morir de una tal alegría! Vos me lo habéis prometido,

Señor, y ya lo poseo. Vos sois verdadero en vuestras promesas. ¡Oh, y de cuánto consuelo es el seros fiel y el serviros! ¡Oh si nosotros pudiéramos después de cada comunión, si pudiéramos á la muerte, después de haber recibido el Santo Viático, gustar una semejante paz y desear morir en el Señor! Simeón continúa celebrando las grandezas de Jesús. «El Salvador dado por tí, el cual has expuesto á la vista de todos los pueblos: luz para iluminar las naciones, y para gloria de tu pueblo Israel.» A este deben mirar todos los pueblos como Autor de la gracia y Reparador de su salud: y por él solo pueden ser reconciliados con Dios, agradar á Dios y reunirse con Dios. En vano busca en otra parte su salud una impura y orgullosa filosofía, Jesús es la salud ofrecida y presentada á los ojos de todos los pueblos, prometida al principio del mundo, concedida en medio de los siglos, y anunciada por toda la tierra. Jesús es la luz para iluminar las naciones. Por él los gentiles han salido de las tinieblas de la idolatría, y han abierto los ojos á la luz del Evan-

gelio. Demos gracias á Dios por habernos hecho nacer en medio de esta resplandeciente luz. Pero ¿caminamos nosotros iluminados por su resplandor? ¿No andamos, por ventura, tras las máximas del demonio? ¿No practicamos todavía las máximas de las tinieblas? Jesús es la gloria del pueblo de Israel. No de aquel Israel viejo que por una ceguedad obstinada, mereció las desgracias predichas por los Profetas, sino de un Israel nuevo que ha sido instituido en su lugar: nosotros somos este nuevo pueblo: pongamos toda nuestra gloria en conocer á Jesucristo, en seguirlo y en amarlo.

PUNTO 2º

El Santo anciano, habiendo devuelto á María y á José el Santo Niño Jesús, les anunció á los dos gracias proporcionadas á la felicidad de que gozaban, los bendijo, esto es, enderezó por ellos al Señor sus votos y sus súplicas, después volviéndose á María, se explicó en términos que fueron otras tantas profecías, respecto de Jesús, respecto de ella y res-

pecto de los hombres. «El Niño que has dado al mundo, le dijo, mira que está puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel: y para señal á que se hará contradicción. Ha venido al mundo, para ser su Salvador, y será verdaderamente el origen y principio de su salvación para muchos que participarán de su redención, por la fé á sus palabras, y por la correspondencia á sus gracias; pero para otros muchos incrédulos á su voz, y rebeldes á su llamamiento, vendrá á ser, aunque contra su intención y á pesar suyo, una piedra de escándalo y ocasión de caída. Aquellos que lo contradicen se llevan sobre sí su perdición; aquellos que lo siguen se aseguran su propia salvación. ¡Qué felicidad para éstos! ¡Qué desgracia para aquellos! ¿De qué número somos nosotros? No nos engañemos: se contradice á Jesucristo con no someterse á su espíritu y á su doctrina propuesta por la Iglesia, y con no regular sus costumbres según sus máximas y su ley. ¡Ay de mí! ¿Toda mi vida no ha sido hasta ahora una continua contradicción al Evangelio? ¿Prose-

guiré viviendo aún en este estado? Respecto de María, Simeón le predice las pruebas que debe sufrir. El cuchillo de dolor que traspasará su alma. María debe ver el corazón de su Hijo traspasado de una lanza, y debe tener también el suyo traspasado de dolor. ¡Oh gran Dios! ¿No bastaba que María fuese destinada á este cruel tormento, sin hacérselo auunciar treinta años antes? Alimentad con diligencia este amado Hijo ¡Oh Virgen Santa! crecerán con él vuestros dolores: vuestro martirio durará tanto cuanto dure su vida; y aun crecerá cada día á menudo que este tierno Cordero se irá acercando al tiempo designado para su sacrificio. ¡Ah! ojalá que pudiese mi vida pasarse como la vuestra, en el retiro, en el dolor y en las lágrimas, con la memoria de los dolores de mi Salvador y los vuestros. Respecto á los hombres, Simeón añade: «A fin de que se manifiesten los pensamientos de muchos corazones. El hierro de la persecución abre los corazones y hace conocer en ellos las más secretas disposiciones. Examinemos aquí nuestro amor para con Dios, y nuestro apego á la religión, examinemos nuestro corazón. ¿Está dispuesto á perder los bienes, el reposo, la reputación y la vida? ¡Ah cuánto sufre á la sola pérdida de un placer, de un interés y á la más ligera contradicción! Aseguraos ¡oh Jesús mío! de este débil corazón: no permitáis que me engañe, ó que yo apruebe jamás sus rebeldías contra vos. Dadme una fidelidad constante y generosa, que me haga declararme tu discípulo delante de los hombres, para que en el último día no sea desechado delante del Padre celestial.